

# Fiesta del Árbol

M.<sup>a</sup> Ángeles Tomás Obón  
Fotos: Rosa Pérez



Comida de alforja a la sombra de la sabina de la Valredonda.

## Los bosques de la comarca, protagonistas del último número de los Cuadernos Comarcanos

El sábado 14 de abril, dentro de los actos programados para la I Fiesta del Árbol organizada por la Comarca, se presentó en Ejulve el número 7 de la colección Cuadernos Comarcanos: *Los bosques de la Comarca Andorra-Sierra de Arcos*, editado por el CELAN y la Comarca.

Abrió el acto el alcalde del municipio anfitrión, Ovidio Ortín. Tras él, intervinieron los autores: Olga Estrada, Javier Escorza, José Luis Lagares y yo misma. Los tres primeros explicaron el largo pero interesante proceso de gestación y alumbramiento de este nuevo cuaderno. Desde la celebración, en el año 2011, de las jornadas *La vida en nuestros bosques*, que estuvieron en el origen de esta publicación, pues dieron lugar a la creación de un equipo de trabajo muy sensibilizado con este tema y con la necesidad de divulgar y acercar a los ciudadanos la gran pero desconocida riqueza forestal de nuestro entorno más próximo, y que, además, permitieron recoger una gran cantidad de información y material gráfico; pasando por la selección de las imágenes, la propuesta de las ilustraciones, el proceso de redacción... Y por supuesto, y paralelamente a todo lo anterior, los paseos, la observación y el análisis in situ del patrimonio forestal. A mí me tocó desgranar el contenido del cuaderno, capítulo por capítulo, ayudada por las magníficas imágenes que acompañan el texto, la mayoría de Rosa Pérez y de Julio García-Aráez, que durante unos meses estuvieron pateándose las entrañas de nuestros bosques para captar su esencia en cientos de fotografías.

Entre el numeroso público que acudió a la presentación estaba Ángeles Felices, cuyas acuarelas, inspiradas en la sabina de la Valredonda, sirvieron de motivo para toda la cartelería y para el marcapáginas conmemorativo de esta jornada. También nos acompañó Ángel Lalinde, artífice de las ilustraciones y los mapas del cuaderno, que asesorado por Javier y José Luis, ha conseguido combinar la fidelidad biológica con la interpretación artística.

Tras la presentación pudimos visionar, una vez solventados los insoslayables problemas técnicos que nos retrasaron unos minutos -y eso que el día anterior lo habíamos dejado todo preparado-, el corto, ganador del Oscar al mejor corto de animación en 1987, *El hombre que plantaba árboles* de Frederick Back, basado en la novela de Jean Giono. Un salón de plenos abarrotado disfrutó de 30 minutos cargados de poesía. Y aquí empezó a gestarse el buen ambiente que marcó el resto de la jornada. También pudimos conocer la versión local de este cuento, en forma de exposición gráfica en la sala de exposiciones del Ayuntamiento, gracias a los dibujos de los alumnos del colegio Gloria Fuertes y a las explicaciones de su profesor José María Peguero.

Al final de la mañana, cargados de energía y dispuestos a imitar al protagonista del cuento, iniciamos el camino hacia la sabina de la Valredonda para celebrar la I Fiesta del Árbol Comarca Andorra-Sierra de Arcos, cuyo transcurso os contamos a continuación.



Marcapáginas conmemorativo realizado por Ángeles Felices.

# I Fiesta del Árbol

## Comarca Andorra-Sierra de Arcos

### Ejolve, primavera 2013



Presentación del cuaderno comarcano sobre los bosques en el salón de actos del Ayuntamiento de Ejolve.

comarcano sobre los bosques, los Dulzaineros del Bajo Aragón iban preparando los instrumentos a la sombra de la sabina, no sin ciertos imponderables de un inicio de la primavera tan húmedo. Si bien el día salió espectacular, el sábado anterior la nieve cubría estos parajes, y el suelo, henchido de humedad, no soportó el peso de la furgoneta de los músicos y atascaron en el aparcamiento que con tanta planificación habíamos preparado el día anterior. Pero la fortuna estuvo a la que salta y un tractorista que pasaba por allí, cual aparición mariana, los sacó del atolladero, literalmente. De este pequeño percance nadie se enteró, salvo la organización, que es lo que debe ser en estos casos.

Así, sobre la una y media empezamos a desfilar camino de la sabina. La mayoría en coche, algunos andando y los más atrevidos, que los hubo, corriendo. Allí, en la Valredonda, la música de los dulzaineros daba la bienvenida a los distintos grupos que a medida que iban llegando se iban colocando en torno a la sabina, cuya extensa sombra prácticamente acogió a todos los comensales.

Las viandas empezaron a cubrir mesas y manteles, acompañadas por el vino, el café y los dulces aportados por la organización. Y en poco rato, la huebra se convirtió en escenario y el ribazo en platea y empezó el recital que abrió Fernando Gabarrús de los dulzaineros, por aquello de romper el hielo, leyendo un poema del olietano Fernando Aínsa, escrito especialmente para la ocasión. A continuación Mariano Martínez leyó su cuento y poco a poco algunos asistentes, pequeños y mayores, se animaron y se sumaron al recital. Neruda, Lorca, Salinas... en boca de

Aunque solo unas 12 000 hectáreas de nuestra comarca pueden ser consideradas estrictamente bosques, estos destacan por su gran variedad, por el buen estado de conservación de algunas de sus masas y por ciertas manifestaciones excepcionales, como el gran número de árboles singulares y monumentales. Y entre ellos destaca, por su longevidad — se le calcula una edad próxima a los 1000 años— y porte, la sabina albar de la Valredonda en Ejolve, inspiradora y protagonista de esta I Fiesta del Árbol, que nace con espíritu nómada, popular y muy participativo. Lo primero aún está por ver, lo segundo ya se ha conseguido.

Mientras por la mañana se desarrollaban los actos más institucionales en el Ayuntamiento y los primeros asistentes concurrían a la presentación del cuaderno



Varios de los asistentes se animaron a participar en el recital y pusieron voz tanto a poemas especialmente compuestos para la ocasión, como a poemas de Neruda, Lorca, Salinas...

Mercedes, Nuria, José Luis, José Manuel, Luis, Martina . . ., rindieron culto al árbol y ensimismaron al público. Cerró el recital una composición de José Ángel Aznar.

Saciado el estómago y el espíritu, sobre las cuatro y media, dirigidos por José Luis, el forestal de Ejulve, nos encaminamos hacia el Collado Frío, lugar designado para realizar la plantada y en el que la semana anterior Álvaro e Isabel, forestales en prácticas, cavaron los clotes para facilitarnos la tarea. Así que no tuvimos que hacer ningún esfuerzo, solo aportar nuestro cariño y mejores deseos. En total se plantaron 150 retoños entre pinos, encinas, sabinas y enebros, que esperamos que en unos años sean esbeltos árboles.

Con la satisfacción del deber cumplido volvimos a Ejulve, pues la fiesta terminaba con un concierto de música medieval a cargo de José Luis Pastor en la, recientemente restaurada, ermita de San Pedro.

Sobre las ocho, Ejulve despidió a los asistentes a la I Fiesta del Árbol con un bonito atardecer que tiñó de dorados las faldas quemadas de Majalinos.

Gracias a la participación y colaboración de todos y cada uno de los asistentes, la fiesta fue todo un éxito. El buen ambiente, la emoción y la ilusión marcaron la jornada. La poesía y el sol hicieron el resto. Algo tendrá que ver el alma de los árboles.

Nos vemos el año que viene en la II Fiesta del Árbol.

## Quiero para mi tierra un bosque a perder de vista

*Fernando Ainsa Amigues*

I  
Para esta tierra no quiero árboles solitarios  
como el del poema de mi infancia  
El pino que "el corazón venera"  
y retuerce sus raíces "en duro peñascal"  
azotado por los vientos sobre el acantilado  
A su escasa sombra  
veía con mis padres  
ese último rayo de sol  
que cumple deseos  
si un resplandor verde azulado te ciega,  
por un instante.

Quiero para mi tierra un bosque a perder de vista  
un camino serpenteando por la fronda  
pinos que se arropan en silencio  
y conquisten las secas laderas  
verdeando todo el año.  
Había un pinar así no lejos de mi casa  
Lo recorrí muchas veces  
El murmullo del aire  
silbando entre las agujas  
el himno de la alegría  
a esa tierra conquistada con empeño  
regada tan solo de tanto en tanto.

Sabía de su existencia forjada en años  
de lenta ascensión de su ramaje  
del esfuerzo por hincar raíces entre piedras  
y extraer el avaro zumo que lo alimenta.  
Respetaba el tiempo que lo ennoblece  
hasta peinar su copa con el "hasta aquí he llegado"  
con que la naturaleza corona su especie.

II  
Aquel día aciago de julio del 2009  
vi quemar en minutos el esfuerzo de años  
por derrotar la sequía y empujar tenaz el crecimiento.

¿Sabes lo que es la impotencia?  
Ver las llamas saltar de árbol en árbol  
ágiles ardillas portando el infierno  
en chisporroteo que serpientes ondulantes  
repiten en el suelo  
sin que nada las detenga.

Un contador loco, girando batido por el viento cómplice,  
suma hectáreas para la estadística de masa forestal calcinada  
con que el alcalde resume "lo sucedido ha sido una desgracia".

Olivos vecinos con la edad de sus dueños  
parecen pedir respeto por sus setenta años  
antes de crepitar el futuro aceite de sus entrañas.

Diagnóstico fatal  
incendio provocado  
Gesto criminal o irresponsable  
Da lo mismo  
El pinar ya no existe, lenta humareda lo sobrevuela.

III  
Han pasado tres años y vuelvo al triste escenario de mi pasado,  
siempre gris su paisaje calcinado  
Adormecidos sus troncos,  
socarrada la tierra grita el clamor del crimen no resuelto.  
Deambulo desorientado.

Quisiera como en el poema  
del andarín Machado poder decir ante el tronco "en su mitad podrido  
con las lluvias de abril y el sol de mayo  
algunas hojas verdes le han salido".  
Tenaz las busco con la fuerza del deseo,  
tan solo apoyado en la poesía.

Alloza, julio 2009—Ejulve, abril 2013

## La encina del camino de Los Olmos

Mariano Martínez Luque



**E**rguida como un gigante sobre el paisaje amarillo, la encina del sendero de Los Olmos parece que me observa con sus ojos vegetales, mientras una voz envuelta en el viento del morellano me susurra un siseo de sucesos antiguos, tan viejos como el silencio de estos mases ahogados en el olvido. Aquí me paro, en uno de ellos, derruido como el resto, donde me parece también percibir entre los ladrillos de adobe rugoso de sus paredes pardas la ilusión de estar en otro tiempo: campesinos segadores tras las retamas que se doblan frente a los campos de cebada como marionetas ensartadas en hilos invisibles; pastores caminando entre grandes rebaños de bovinos, con sus morrales al hombro, a la vez que lanzan sus gritos a los perros lanudos que gobiernan las ovejas con sus carreras intermitentes; árboles, muchos más árboles que ahora se extienden en esta quimera de mi cabeza por todo este paraje desértico aragonés donde antes bullía el sonoro rumor de las ramas de cientos de encinas como esta.

Me siento sobre una vieja gaveta de madera, a la sombra de este árbol majestuoso, y me parece notar de nuevo la mano, la mano tibia de ella, sobre mi mejilla desinflada y llena ya de arrugas. Han pasado tantos años, que hasta ese apelativo tan romántico con el que yo la llamaba se me ha olvidado pronunciarlo. Me giro hacia el tronco de la encina y fijo mi atención en la parte más baja. Ahí sigue grabado ese nombre de mi amiga, de mi mejor amiga, junto a aquel mensaje mío que creo que ella nunca leyó, ni yo tampoco fui capaz de manifestárselo. No hay más nombres, sólo dos corazones y una flecha.

A ella, como a mí, le gustaba también este entorno, y caminar, caminar mucho, sobre todo por este sendero de Los Olmos, donde decía que debía de haber situado Dios el paraíso terrenal. No tiene mucho sentido que digas eso, le comentaba yo muchas veces, pues en estos parajes falta lo más esencial para ser considerados parte de esa zona mitológica donde vosotros los católicos decís que tenéis predestinada la eternidad. Ya sé, le falta el agua, y debido a eso no tiene la apariencia de una selva llena de árboles frutales, de majestuosos baobab o largas lianas para que salten Adán y Eva de una a otra, como lo hace Tarzán. Así es, concluía yo siempre que establecíamos este debate absurdo, pues esa es la manera con la que la Biblia describe ese lugar, ¿no?

Ella fue la dama de mis sueños, de mis sueños de amor. La recuerdo siempre charlatana como una gitana de mercadillo, siempre sonriente como una sonaja de bebé, siempre decidida como una amazona dispuesta a la lucha. . . Pero lo que más me gustaba de esta hermosa mujer era que, como yo, se sentía feliz rodeada de los árboles, de todos los árboles y de todas las plantas en general, pues las consideraba portadoras de las almas de los muertos, ya que, según su criterio, sus raíces tomaban en algún momento parte de su alimento de las cenizas de estos.

Y a eso he venido aquí hoy, a cumplir su encargo. Ya que, bajo esta encina, donde ella quiso haber vivido eternamente, voy depositar sus cenizas. Los dos terminamos coincidiendo en una residencia de ancianos de Zaragoza y allí consumamos nuestro deseo de amarnos, de destapar todos aquellos sentimientos que no supimos comunicarnos siendo jóvenes. El azar del destino, me dijo ella pocos días antes de su muerte, ha querido que pasemos nuestros últimos días de vida juntos. Ese mismo azar, le dije yo posando mi mano sobre la suya, ha querido también que la mayor parte de ella la vivamos separados. Su voz, junto a este susurro del viento parece seguir acariciando mi oído mientras derramo sobre el hueco del tronco de este árbol los restos de mi amada Claudia. Me levanto del suelo, donde me ha costado un poco arrodillarme, y miro hacia el cielo, pues noto que me ha caído una gota de agua en la calva. Se está empezando a nublar y creo que debo volver a tomar el camino de vuelta a Andorra, pues me temo que va a ser una gran tormenta la que se avecina, como aquella en la que ella y yo nos tuvimos que refugiar en este mismo mas y casi estuve a punto de besarla.

Camino de nuevo, algo más deprisa que cuando vine, pero tampoco a mi edad me puedo permitir hacerlo demasiado rápido. Antes de adentrarme en un pequeño bosque de pinos miro hacia atrás y observo de nuevo la encina. Me parece percibir, entre los claroscuros que forman las nubes sobre el paraje arcilloso, varias personas en bicicleta que pasan junto al mas y se dirigen hacia el Molino Vinatea. Deben de ser algunos muchachos o muchachas de los muchos que ahora transitan estos campos, con esos vehículos tan bien equipados de adelantos modernos. Qué diferencia con aquellas otras bicicletas de mi tiempo de juventud, tan pesadas que resultaba imposible subir estas cuestas de estas profundas vaguadas con la misma agilidad con la que lo hacen estos jóvenes de ahora. Sigo mirando hacia el mas, y creo que alguna de esas muchachas ciclistas se debe de haber parado allí, pues la veo, o me parece haberla visto merodear, entre las viejas habitaciones del edificio. No le presto mucha más atención y me decido a volver a caminar, hasta que escucho, o me parece escuchar, una voz femenina que pronuncia mi nombre. Este es el paraíso, gracias por traerme de nuevo hasta aquí, Marcelo, Marcelo, Marcelo. . . Tras esta quimera de aparentes sonidos humanos que se forman en mi cabeza, percibo por fin más claramente el movimiento de las ramas de los pinos, y miro otra vez hacia el mas mientras veo, o creo ver, su mano despidiéndose de mí, la mano de esa muchacha que ahora noto no va vestida como una ciclista sino más bien como una campesina. Dichosos árboles, me digo, al final siempre vais a darle la razón a ella. Qué razón tenía Claudia, vuelvo a dilucidar caminando ya hacia el coche de mi hijo, que me espera al final de la estrecha cuesta para llevarme hacia el pueblo, vosotros, los árboles sois los únicos seres capaces de albergar el alma de las personas en ese tránsito inevitable hacia el lago Estigia que realizaremos inevitablemente cuando muramos.



Algunos no pudieron esperar a llegar a casa para leerse el nuevo cuaderno comarcano.



Los Dulzaineros del Bajo Aragón amenizando la comida.



Plantando pinos en el Collado Frío.



Un rato de animada conversación.

## Árbol silvestre

No temo al bosque, aunque un bosque me amenace.  
No soy árbol, aunque su copa me asombre,  
Tan sólo me arrulla la soledad del cabezo.

En ti me observo, débil árbol de pálpito eterno,  
Cicatriz de un paisaje que el cierzo no abatió,  
Terco orgullo de una interna grandeza  
Con la que nos muestras lo esencial,  
Tenacidad evidente de la fragilidad.  
Rebeldía de los que nada ya esperan,  
Humilde coraje del que calla y aguanta,  
Honesto soledad de los que no son fuertes  
Pero a nadie piden porque poco requieren.  
¡Crepitad en la incertidumbre que os mantiene vivos!  
¡Palpitad con la suave caricia de la lluvia!

**José Ángel Aznar Galve**

¡Sentid el abismo del riesgo a la intemperie!  
¡Que el miedo no os socave el arraigo o la partida!  
¡Que la rosada y el bochorno traspasen esa piel rugosa!  
¡Que defendáis a los que todo atañe  
Y esconden con pudor su llaga sensitiva!

No sentimos soledad aunque estemos sin nadie,  
Próximos habitamos las vales más lejanas.  
Nuestra savia enraiza un bosque infinito:  
La tierra de los hombres, las copas de las nubes  
Y el firmamento de la luz.

Árbol silvestre, corazón solitario,  
Si te acercas al vértigo podrás sentir el mar.